

Algunas veces al Ilmo Aguiar y á otros Ilmos. Prelados, siempre y á todos con expresiones de humildad y rendimiento, suplicándoles le instruyesen en los medios y modos para el mejor acierto de su gobierno. juzgado que por su virtud y experiencia les habrian habilitado mejor, para el consejo; no obstante que los suyos se tuvieron siempre por tan acertados, que fué sentir, de no vulgares juicios, haberle Dios comunicado con la dignidad, desde el dia de su consagracion, el don particular de gobierno, como podrá más que medianamente advertirse por las pocas noticias que he podido lograr.

Predicaba continuamente en su iglesia Cathedral y fuera de esta, en muchas otras, especialmente en la del monasterio de la Concepcion. En sus pláticas y sermones; aunque no se estrañó la elocuencia de sus voces, iban siempre dirigidas al provecho de sus oyentes, dando saludable pasto á sus ovejas y apartándolas del nocivo, con abominarles los vicios para que los huyesen y pintarles la hermosura de las virtudes para aficionarles á ellas. Tenia reconocidos los excesos más predominantes, y contra ellos estendia especialmente la correccion, solicitando de todos ellos la enmienda, añadiendo á su celo, la sante industria con que procuraba difundirlo

en los demás ministros del evangelio, exhortándolos para que los asuntos de sus sermones se enderezasen á cortar con la espada de la divina palabra, los cordeles de las culpas con que el demonio tenia atadas miserablemente á las almas. No contento con esta general insinuacion, pasaba á individuarles los vicios que habian de reprehender, deseando que todos cooperase al ardor de su celo.

Ademas de solicitar de esta suerte la estirpacion de los vicios públicos. no omitia la correccion particular y privada de cualquier de que tuviese noticia; pero usaba entonces de tanta discrecion y prudencia, que no consentia verse en público, como juez sin haber hecho ántes oficio de padre amonestando en secreto con entrañas de verdadera caridad, solicitando la enmienda de la culpa, sin manifestar ninguna ira contra el culpado, estilo que observó siempre con todos, de cualquiera condicion que fuesen, considerándolos á todos como ovejas encomendadas y á quienes igualmente procuraba apartar de los pastos nocivos del mejor modo que podia. No se le notó nunca que en las reprehensiones mezclase palabras en que se trasluciese alguna superioridad ó imperio, y siempre con estraña apacibilidad y blandura, así es ueq

generalmente se apartaban todos de su presencia advertidos del delito para enmendarlo, y edificados de su humilde mansedumbre, que servía de mayor estímulo para la enmienda.

No podré expresar los frutos abundantes que hizo en las almas la discreta afabilidad de este su celo en la correccion, por no haber adquirido fuera de estas generalidades otras noticias; más se puede inferir cuáles fueron, habiéndose conciliado un amor tan grande de todas sus ovejas que era incomparable el aprecio con que escuchaban cualquier silbo de su celoso y vigilante pastor así en corregir los yerros como en cuidar de la buena opinion de los que erraban. Si en las preguntas ó averiguaciones que hacia para cerciorarse de la perpetracion del delito, llegaba á sospechar que sus palabras pudiesen interpretar en descrédito del culpado, al punto advertía á los que le habian oido, que no era otra su intencion sino preguntar lo que debia, y no desdorar en manera alguna, ni ligeramente á su prójimo, cuando á todos [añadía] *los contemplo mejores que yo*, dejándolos de esta suerte sumamente edificados con su admirable, discreta y profunda humildad. Siendo tan vigilante sollicitaba no obstante le avisasen de cualquier descuido que necesitase remedio para aplicarlo al punto,

En donde se vió más el celo de su Ilma. fué en las visitas que hizo de los lugeres de su diócesis, saliendo como buen pastor en busca de sus ovejas. Hallando á tantas en la idolatría, no es fácil espresar su dolor y sentimiento, considerando á tantos miserables indios que habiendo inclinado el cuello al yugo del Evangelio, habiendo profesado la fé católica y religion, aun perseveraban tributando culto y veneracion al demonio en tantos ídolos cuantos se fabricaban. Lamentaba el santo prelado, que despues de tantos años de conquistados, aun se hallase en ellos tan predominante la idolatria; procuró estirparla con cuantas industrias pudo sujerirle su celo. No satisfecho solo con el encargo que hacia á sus ministros y párrocos y habiendo advertido que generalmente los malos se apartan de la culpa por temor del castigo y mayormente los indios en quienes obra más el azote, dispuso que si la exhortacion no aprovechaba, se valiesen de la pena y castigo para que de este modo se enmendasen.

Ordenaba (como se procuraba cumplir puntualmente) que se apartasen á los indios perpetradores de esta maldad, de los otros, que la tenían abandonada, para que su trato y comercio no llegase á contagiarlos. Solicitando la reduccion de

los idólatras, fundó una casa ó cárcel en que encerrarlos, con suficiente renta para mantener (como mantenía) así á ellos como á un sacerdote capellan, que les dijese misa, etc. A los que eran comprendidos en el magisterio de la idolatria, daba más severo castigo, hasta condenarlos á cárcel perpetuamente, para quitar á los demás el escándalo, que hallaban en semejantes obreros de la maldad. Celebró, fuera de esto, muchísimos autos de fé públicos, así para castigo de los delincuentes, como para escarmiento de los otros; queriéndolos á todos, temerosos de incurrir en las vanas observaciones, supersticiones, nigromancias, y otros vicios regularmente anexos á la idolatria. Aunque con estas, y semejantes industrias desahogaba en parte su celo pastoral; más no logrando la dilatacion que queria, porque la infernal hidra de la idolatria, por una cabeza que le cortaban, parecia nacerle otras siete; fué siempre agudo el dolor que tuvo atravesado en su corazon este santo prelado, no obstante que en este punto pareció infatigable su celo, tanto que se tuvo por cierto, que si este sentimiento no le quitó la vida, si se la abrevió.

Luego que tomó posesion del obispado trató del levantar el Seminario que halló casi por los suelos. Habíase fundado años antes; encontró

los muros materiales en pié, embarazando la tierra, por no haber ya ni un solo colegial que lo ocupase, no sé si por haberse perdido las rentas para mantenerse, ó por no haber tenido cuidado de su fomento; sea lo que fuere, sabiendo su Ilma. que el Seminario está dispuesto por el Concilio de Trento y es de tanta utilidad y provecho en una diócesis, como era la suya, semejante á un Babel en los idiomas, pues excedian de veinte los que hablaban los indios en diversos distritos de ella; lo que ejecutó su celo, fué mandar á varios pueblos que le llevasen jóvenes peritos en los idiomas con los que abasteció su colegio, fomentándolo con suficientes rentas para su manutencion, siendo su primer cuidado que fuesen instruidos en la virtud y buenas letras. Estableció como bases la fé y la religion en las cátedras que fundó no solo de latinidad y elocuencia sino tambien de filosofía, logrando por fruto que no solo se mantuviese aquella juventud bien instruida, sino que rindiese como rindió con el tiempo sazónada cosecha de ministros para pasto, de la no inferior parte de su grey, que eran los indios.

El colegio que llaman de San Bartolomé lo halló igualmente extinguido tampoco había un colegial que lo habitase, trabajó para que al-

gunos jóvenes vistiesen la beca, arreglándose el número por entonces en proporción de las rentas que gozaba para mantenerse. Debíose también á la solicitud y cuidado de este pastor, que en el colegio de la Compañía de Jesus se añadiesen las cátedras de filosofía y teología agregando recursos para cooperar á su estabilidad y firmeza.

Procuró que las mugeres, como porción de su rebaño, no solamente aborreciesen el vicio, sino que desde pequeñas aprendiesen la virtud. Con este fin fundó un colegio de niñas, levantando los muros desde sus cimientos, y poblándolo de ellas, en donde eran cristiana y piadosamente educadas. Dióle el título de la Presentación, en recuerdo tierno de la de MARIA Nuestra Señora, cuando fué presentada en el templo por sus padres, en su tierna edad. En el día que las primeras colegialas fueron presentadas á la Purísima Reina por este su celoso padre, que fué cuando se abrió el Colegio, dispuso para edificación de su pueblo una tierna y devota procesion de ellas. Pusóles un capellan que atendiese á su espiritual instruccion y prudentemente ordenó cuanto discurrió conducia á su buen gobierno, abriendo juntamente la mano

á las expensas del culto para que en él se celebrasen muchas misas.

Se debe advertir que con el fin de fundar este colegio habia dejado suficiente caudal, cierto cura de aquella diócesis, que lo fué de la Misteca, digno de nombrarse si hubiera llegado á saber su nombre. Mas aunque los prelados antecesores al Ilustrisimo Señor Sariñana intentaron ponerlo en ejecucion nunca llegaron á conseguirlo. Parece que Dios habia reservado á la celosa aplicacion de este para el efecto, desde el vientre de su madre, pues segun el cómputo que se hizo entonces, cuando dicho cura murió, ordenando semejante fundacion, se hallaba el Sr. Sariñana en el materno albergue. Abrigaba con entrañas verdaderamente de madre á todas las doncellas que mantenía en este Colegio, procurando fuesen asistidas con todo lo necesario, y donde queria permaneciesen hasta que hallasen competente estado; entonces las vestía de manta, basquiña y demás cosas precisas, estendiendo liberalmente la mano para estas espensas

D Manuel Fiallo, fundador del colegio de la Compañía de Jesus, habiendo dotado hasta treinta y tres doncellas con la cantidad de trescientos pesos cada una, (obra verdaderamente grande, ya por el crecido número de ellas, ya por la

perpetuidad de la misma obra;) todos los años, los hijos de San Ignacio hacian que su Ilustrísima nombrase á una de las doncellas y siempre el santo prelado hacia eleccion de una de sus colegialas, prefiriéndolas á las demas de su diócesis, no sé si por especial cariño que les tuviese, ó por ser más acreedoras á su atencion como fragantes flores de aquel su cerrado huerto, en donde se conservaban excentas de que mano atrevida las ajase. Cuando salia su Ilma. por los barrios de Oajaca á repartir limosna, y se encontraba alguna doncella pobre, siendo dotada de hermosura, porque ésta, mal aconsejada de su pobreza, no la expusiese á algun peligro, la remitía á su colegio en donde apartada de él, hallase fomento más oportuno para criarse y adelantarse en virtud, que era el fin de su Ilma.

Más como en este colegio no podian recogerse cuantas doncellas poblaban la ciudad, solicitó con gran esmero, que todas las demas se conservasen siempre en recogimiento, á cuyo fin fué continuo su desvelo para que desde la flor de los años exhalasen el suave olor de la virtud. Tenia destinado los jueves de todas las semanas, para que todas las maestras de las escuelas en donde aprenden las niñas, llevasen cada cual á las suyas al palacio episcopal en donde daban á su Ilma.

cuenta del provecho de sus discipulas y del cuidado que tenian en su enseñanza, oyendo de los lábios de su pastor saludables instrucciones para aprovecharse ellas y aprovechar á sus discipulas. Era tal el agrado y afabilidad de este santo prelado con cada una de aquellas tiernecitas niñas, que sin el menor encogimiento le hablaban dándole menuda cuenta de sus labores, mostrándole sus almohadillas y dechados. El Sr. Sariñana, con humilde afabilidad, hecho con las niñas niño, se ponía á conversar con ellas á veces, y registrar sus labores, aplaudíales lo bien hecho, dándoles aliento para que las mejorasen y tambien algunos dulces con que las regalaba; por lo mal hecho las reprendía, aunque con igual dulzura, sin privarlas por ellos de la otra que podria mejor gustarles. Finalmente, rodeadas todas de su Ilma. con una inocente emulacion, solicitaba cada una fuese su labor más atendida; atento el señor Obispo á todas, las distribuía hilo, seda, agujas y las despedía alegres y contentas, añadiendo su caridad á este cuidado, el de socorrerlas segun la necesidad que padecian, proveyendo á su sustento y vestuario, siendo su primer fin en todo, que desde su más tierna edad se enseñasen á vestir de Jesu.

cristo y comenzasen á gustar el dulcísimo nectar de la virtud.

El Ilustrísimo Señor Sariñana no se olvidó de la Congregacion de San Felipe Neri. Habia un altar dedicado á este santo en la iglesia de la Concepcion, de la ciudad de Oajaca, en donde comenzaba á descubrirse á lo léjos vestigios de la Congregacion del Oratorio, en variedad de ejercicios que piadosamente se practicaban, ministrándose en ocasiones la divina palabra, bajo el amparo y proteccion del santo. Su Ilma. como su verdadero hijo, solia asistir cuando sus muchas ocupaciones se lo permitian siendo él orador muchas veces. Sin omitir nunca el fervoroso aliento que solicitaba infundir en los ánimos de aquellos piadosos sacerdotes con el fin de promover la perseverancia en aquellos ejercicios y radicar en Oajaca, si no el instituto de la Congregacion del Oratorio á la manera que San Felipe la fundó en Roma por no ser aun conocido en estos paises, si á la manera que se hallaba entonces la Venerable Union en México.

Fué exacto en la residencia, sin salir de Oajaca, sino para visitar su obispado: lo cual ejecutaba sin ostentacion alguna, ni llevar otra familia, que la muy forzosa era moderado en las expensas que podia ocasionar á sus ministros:

pues, aunque estos quisieran excederse en ellas, no lo permitia, mandandoles antes lo contrario; ponía la mira en lo principal, de que las ovejas oyesen á su pastor, se consolasen con su presencia, se corrigiese lo malo, se promoviese y adelantase lo bueno. Visitaba su grey con entrañas de verdadera caridad, lleno de compasion y misericordia para con los miserables indios, á quienes solicitaba saliesen de sus errores, y fuesen bien instruidos en el culto del verdadero Dios, aborrecimiento de sus vicios, y en la inteligencia de lo que necesitaban saber para salvarse; sobre esto dejaba repetidos encargos á sus ministros y curas. No iba á parroquia alguna sin llevar suficiente provision de ropa de aquellos géneros y vestidos de que usan los indios é indias comunmente: entre quienes los repartia compadecido de su pobreza, y desnudez, dejándolos contentos en sus trabajos, y miserias: siendo solamente el santo prelado el que volvía descontento, por el trabajo y miseria mayor, en que los hallaba, de sus errores, supersticiones, é idolatrias.

No pudiendo estar siempre en visita, y mucho ménos hallarse siempre presente en todos los partidos de su diócesis; para tenerlos continuamente á la vista, ordenó le dispusiesen tantos mapas, cuantos eran los curatos que habia en su

dilatada diócesis tan exactos, que se marcaba la cabecera, las visitas la distancia de las unas á las otras, lo llano ó barrancoso de los caminos, y hasta los rios, si los habia de por medio: servian dichos mapas de adornar un salon de su Palacio: y mucho más al Sr. Sariñana, para que tuviese, como tenia, á la vista á su obispado para proveer en cada Beneficio ministros oportunos, y compeler á estos á que mantuviesen los precisos Vicarios, á fin de que todos sus feligreses estuviesen bien asistidos en la administracion de los Sacramentos y explicacion de la doctrina cristiana.

Fué grandísimo su anhelo y cuidado en los curatos de indios, queriendo fuesen los ministros en sus idiomas, y que estuviese su clero provisto de tales sacerdotes, para el tiempo de los concursos. A un jóven solo por ser inteligente en el idioma que se llama *Musgo*, uno de los más difíciles, que se hallan en el obispado de Oajaca y para que no tan facilmente se encuentran, lo mantuvo en sus estudios y en cuanto necesitaba para sus alimentos, con el designio de que se lograra con el tiempo, un buen ministro para los indios que hablaban aquel idioma: No sé si llegó á conseguir el fruto deseado; pero esto da á conocer el celo del prelado.

Sin reserva se franqueaba á todos, queria que ninguna de sus ovejas temiese la presencia de su pastor. Por tanto hallaban en su palacio patentes las puertas, y las de su corazon mucho más. Dáales audiencia á todos, hombres y mujeres, pequeños, y grandes, plebeyos, y nobles, pobres, y ricos, resplandeciendo como un Sol, cuyos incendios, á ninguno se ocultan: y los de este Sol de Oajaca, aun en las tinieblas de la noche resplandecia, pues, siendo el negocio de importancia, nunca escaseaba su luz por incomoda que fuese la hora. Tenia mandado á sus familiares, permitiesen la entrada á todos: y asi todos lograban el remedio, el consuelo, y el socorro que buscaban: hecho todo, para todos como buen pastor que era de todos, y como quien en todos consideraba á su esposa la iglesia, de quien eran miembros, y á quien, por lo mucho que la amaba, no consentia careciese de su vista. No sufría, su corazon no ayudarlos á levantarse de sus miserias, ya fuese espirituales ya corporales.

Compadeciase grandemente de los que sabia se hallaban enfermos, y como quien sentia sus dolencias, cuidaba de que fuesen bien asistidos, estendiendo liberal y misericordioso la mano con los socorros temporales, enviándoles á ofre-

cer su asistencia y persona en los espirituales. Caridad y misericordia, que practicaba especialmente con sus clérigos, á quienes siempre amó con ternura, como agradecido, por que trabajando en bien de las almas, cooperaban á su celo: motivo porque veneró tambien á los religiosos, con vivísimas expresiones de su agradecimiento, por lo mucho que atendian ya en el púlpito ya en el confesonario á administrar saludable pasto á sus ovejas. Veneró sobre todo á su Cabildo: y á cada uno de sus Capitulares, les manifestó siempre un amor grande, manteniéndose con todos en suma paz y tranquilidad de que fué siempre amantísimo. No hay ejemplar de que hubiese litigado con ninguno de obra ó de palabra. La paz que en sí observaba, queria que reinase en todos: por esto ordinariamente intimaba, que le propusiesen sus dudas, como muchas veces se ejecutaba, para obviar pleitos, componer los litigios y mantener á todos en paz. Si llegaba á su noticia, que algunas personas habian disuelto entre sí el vínculo del amor y caridad: no sufría este santo prelado, que se pusiese el Sol, sin haber ellas depuesto la ira y enojo concebido, mandaba al punto llamarlas, especialmente siendo personas de cuenta, entre quienes la discordia, acarrea consecuencias más lamentables y con

su acostumbrada discrecion y afable estilo hacia que se reconciliáran.

Amábanlo todos tiernamente sin haber quien hablase mal sino bien de su Ilma. Oíanse sus elogios en boca de sus prebendados, de sus clérigos, de las familias religiosas, y finalmente de todos. En dos ocasiones se vió tendido en la cama de dolencias que se juzg ron de peligro; no es fácil ponderar cuán grande fué el sentimiento universal, cuáles las súplicas á Dios por su salud, lastimados los corazones y heridas juntamente las campanas de las iglesias todas de la ciudad, que explicaban con rogativas las que todos hacian á la Magestad divina, y que duraron hasta tener noticia de hallarse sin ningun peligro.

Halláronse en una ocasion los habitantes de la ciudad, afligidos por los muchos y extraños temblores; baste decir, que siendo ordinarios, allí, y por acostumbrados no tan temidos, en esta vez se hicieron temer tanto, que se desampararon las casas, juntándose sus moradores en las plazas y en más crecido número, en su espacioso llano, que llaman de Guadalupe, con fija resolucion de pasar en tales sitios la noche, temiende que si continuaban los temblores, no habia de quedar de la ciudad sino solamente la memoria. ¿Qué haria su Ilma, afligido más que de los temblores,



al considerar espantados á sus hijos, oprimidos de la afliccion, y faltos casi ya de consejo? Se llenó de gran confianza y con ella envió á varios sacerdotes, asegurasen estos en su nombre, que no temblaria aquella noche, con cuya seguridad podian deponer los temores, y recogerse cada uno á su casa. Así lo ejecutaron fiados en las palabras de su pastor, y fué cosa maravillosa, que en toda la noche no hizo el menor movimiento la tierra, atribuyéndose á especial prodigio de la fé y oraciones de su Ilustrísima. En esto se descubre el amor grande de este para con su grey y el de esta para con su pastor, siendo suficiente su silvo para deponer los temores de que se hallaban oprimidos los ánimos con tanto fundamento pues que nunca se habia mostrado tan conmovida aquella tierra.

Fué exactísimo en el cumplimiento de sus ministerios confiriendo continuamente el Sacramento de la Confirmacion; no omitiendo sin legítima causa la celebracion de los sagrados órdenes en sus tiempos, y siendo grande su vigilancia en proveer de dignos ministros á su iglesia, así para la ciudad de Oajaca, como para las parroquias de su diócesis, peritos en los idicmas de sus naturales: sobre lo que bastará decir, ademas de lo dicho, para que se conjeture cual fué en este

particular su vigilancia, que aun hallándose tendido en cama, de la enfermedad de que murió, confirió dimisorias á algunos de sus súbditos inteligentes en dichos, para que alguno de los señores Obispos les confiriesen los órdenes, suplicándoles lo ejecutasen así, no obstante que llegado el tiempo hubiese su Ilma. fallecido, por la inopia con que se hallaba de semejantes ministros. Así lo ejecutaron (difunto ya su Ilma. y á principios del año de su vacante), los Ilmos. Sres. Fernandez de Santa Cruz, y D. Garcia de Legaspi, vencida antes la contradiccion, que para despacharlos, hizo cierto Capítular Dr. en Cánones. Más el Ilmo. Sr. Sariñana, á quien siempre las letras envidiaron para glorias de su desempeño, no lo habria determinado, si no se pudiese practicar: y en efecto hallamos el punto decidido por la Sagrada Congregacion de Cardenales, el dia 24 de Abril de 1700, como se puede ver en Juan Bautista Pitono, entre las que refiere *pro Vicariis*. No porque el Sr. Sariñana hubiese tenido presente la decision, pues murió cuatro años antes; pero no se ocultaron á su estudio los racionales motivos y sólidos fundamentos que tuvo despues la Congregacion para decidirlo así. Caso en que, si por una parte se advierte la lite-

ratura de su Ilma. se deduce por otra, quanto se aprovechaba de ella para el bien de su iglesia.

Resplandeció tambien en el siguiente caso. Se procesó á un cura de una de sus parroquias: segun lo actuado, resultando la gravedad del delito se declaró vacante su beneficio; fijó su Ilma. edictos para proveerlo en otro de los que se presentasen al concurso, con la pensión de que de sus frutos habia de percibir el primero, por no quedarle congrua sustentacion. Habiendo remitido la nómina al Virey, como Vice Patrono, éste la devolvió á su Ilma. con la consulta de su Real Acuerdo, que repugló la pensión. Entonces el Obispo, cuyo corazon compasivo, jamás pudo sufrir que se quedase un sacerdote expuesto á mendigar para mantenerse; ó que compulso por la necesidad abandonase el decoro de su estado, con detrimento del esplendor de su iglesia y que al asignar dicha pensión, no habia en algun modo contravenido al derecho porque se debia gobernar; fundó su determinacion en él, con aquella solidez que sabia hacerlo y ocurrió de nuevo al Vice-Patrono: quien vuelto á conferirle con su Real Acuerdo, proveyó como pedia su Ilma. quedando todo aquel Ilustre Senado tan satisfecho, que no dudó en la deposicion de su

primer dictámen, conformándose en todo con el del Sr. Sariñana

Cuanto atendió por los fueros de su dignidad y prerogativas de su grandeza, se podrá inferir por lo que respondió á Carlos II. siendo consultado de este [como en varias ocasiones lo fué] con santa libertad le decia que, no podia ejecutar lo que pensaba, sin perjuicio de la libertad eclesiástica: á lo cual el Monarca, no hacia otra cosa, sino encogerse de hombros diciendo: *Pues que no se haga, si asi lo juzga Sariñana.* En esto se descubre el aprecio, que para con el rey se mereció la virtud y literatura de este gran prelado y cuan celoso fué éste, de que no padeciese la iglesia el menor ajamiento de su hermosura; pues atento á ella, dejó de atender á tan superior respeto, sin dar lugar en su pecho á la lisonja.

Fué atentísimo en la eleccion de sujetos, para distribuir en los más beneméritos los beneficios, sin dejarse vencer alguna vez de la amistad, ú otra recomendacion.

Teniendo en su compañía á un sobrino suyo, llamado D. Ignacio de Sariñana: hallábase sin capellanía, á cuyo título se pudiese ordenar; y pudiendo el señor Obispo su tio, nombrarle facilmente en alguna de tantas que por el derecho